

CONTRA LAS HEREJIAS

(ADVERSUS HAERESSES)

SAN IRENEO

**CONTRA LAS
HEREJÍAS**
(ADVERSUS HAERESIS)

LIBRO III

Traducción de
JESUS GARITAONANDIA CHURRUCA

Serie
Los Santos Padres
N.º 36

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla

ISBN: 84-7693-262-6
Depósito Legal B: 6580-94
Printed in Spain
Impreso en España

INTRODUCCIÓN

1. Vida

Nació San Ireneo en Asia Menor, probablemente en Esmirna, en torno a los años 130-140. Nos consta por una de sus cartas, que de niño escuchó las enseñanzas de San Policarpo de Esmirna, que había sido discípulo del Apóstol Juan.

No conocemos cuál fue el motivo que le llevó a establecerse en Lyon. Se sabe que en el 177 vive en esta ciudad de las Galias y que es presbítero de esa Iglesia, pues los Mártires de Lyon le envían a Roma como portador de una carta para el Papa Eleuterio, en la que aparece mencionado ese dato. También en el 177 muere el obispo Potino de Lyon y le sucede Ireneo en esa sede.

En los tiempos del Papa Víctor, siendo ya obispo de Lyon, interviene en la controversia suscitada sobre la fecha de la celebración de la Pascua, para favorecer la paz y la comunión de las Iglesias de Asia con la Sede de Pedro en este punto conflictivo.

Se suele señalar la data de su martirio entre los años 202-203, durante la persecución de Septimio Severo.

2. Obras

A través de la *Historia Ecclesiastica* de Eusebio de Cesarea tenemos noticia de distintas obras compuestas por San Ireneo:

La Refutación y destrucción de la falsamente llamada gnosis, que se conoce, más frecuentemente, por el título latino de *Adversus haereses*.

Tiene también un tratado *Sobre la Ogdóada*, que no ha llegado hasta nosotros. La misma suerte han corrido el tratado *Sobre la ciencia* y el libro de *Disertaciones varias*.

La demostración de la predicación evangélica (Epideixis).

Entre las cartas que nos han llegado de su epistolario se suelen considerar de autoría ireneana las siguientes: *A Blasto, sobre el cisma, A Florino, sobre la monarquía, A Víctor, Obispo de Roma, Carta de los mártires de las Iglesias de Viena y Lyon a las Iglesias de Asia y Frigia.*

3. *La presente edición*

La edición, que tenemos el gusto de presentar, tiene como principal novedad la de ser una traducción castellana de los libros III y IV del *Adversus haereses* de Ireneo. Si nuestras informaciones son correctas, ésta sería la primera vez que se publican juntos en castellano ambos libros.

La traducción ha sido realizada por Jesús Garitaonandía con esmero y fidelidad al texto de la edición crítica de esta obra en la colección «Sources Chrésiennes».

Es de sobra conocido el propósito de San Ireneo al escribir esta obra para que los cristianos de su época no se dejaran seducir por las falsedades doctrinales propagadas por el gnosticismo, especialmente por los seguidores del gnóstico Valentín. La argumentación que presenta el Santo Obispo de Lyon en los libros III y IV se basa, en buena parte, en la Sagrada Escritura. En este sentido se pueden leer sus propias palabras al comienzo del prólogo del libro III: «Añadiremos algunas pruebas sacadas de las Sagradas Escrituras... para que recibas de nosotros (se está dirigiendo a un amigo suyo, a quien dedica toda la obra) unos medios con que desenmascarar y refutar y destruir a los que de alguna manera ofrecen enseñanzas erróneas» *ProL.*, 14-18).

Convendrá precisar, sin embargo, para el lector menos avezado en estos estudios, que el libro III está más fundado en la tradición y en la doctrina de los Apóstoles, mientras que el IV utiliza más los *Logia Iesus* (Dichos del

Señor) y los lugares proféticos del Antiguo Testamento. En el libro III nos encontramos con datos y argumentos que han ayudado, de modo relevante, a la determinación del canon escriturístico del Nuevo Testamento y al reconocimiento del Primado de la Iglesia de Roma.

Nos hubiera gustado que el lector tuviese a su disposición los restantes libros del *Adversus haereses* en esta misma obra, porque ello facilitaría mucho la visión de conjunto de este escrito ireneano. No ha sido posible por imperativos editoriales, pero confiamos en que próximamente se lleve a cabo la edición completa del *Adversus haereses*.

Con todo, no dudamos que la presente edición contribuirá, muy positivamente, a dar a conocer al público de habla hispana, las riquezas del pensamiento del mejor teólogo cristiano del siglo II.

Domingo Ramos-Lissón (1)

SAN IRENEO DE LION

CONTRA LAS HEREJÍAS

LIBRO TERCERO

ARGUMENTOS

Comienza el Libro Tercero

- I. De quiénes y de qué manera ha recibido la Iglesia el Evangelio.
- II. Manifestación de que los herejes ni siguen la Escritura ni la Tradición.
- III. Acerca de la tradición de los apóstoles o la sucesión de obispos en las Iglesias a partir de los apóstoles.
- IV. Testimonio de los que vieron a los apóstoles acerca de la predicación de la verdad.
- V. Manifestación de que tanto el Señor como los apóstoles dieron a conocer su enseñanza en la verdad y no según la opinión de los oyentes.
- VI. Manifestación de que en las Escrituras no se nombra a ningún otro Dios y Señor, sino al solo Dios verdadero, Padre de todos, y a su Verbo.
- VII. Qué significa lo que dice Pablo: «En lo que el Dios de ese mundo cegó las mentes de los infieles».

- VIII. Qué significa «mammoná».
- IX. Que concepto tenían de Dios los apóstoles que nos transmitieron el Evangelio.
- X. Cuáles fueron las ofrendas que los Magos hicieron a Nuestro Señor.
- XI. Manifestación de que los Evangelios no pueden ser ni más ni menos que cuatro.
- XII. Cuál sea la enseñanza de los demás apóstoles.
- XIII. Contra los que dicen que solamente Pablo fue entre los apóstoles el único que conoció la verdad.
- XIV. Acerca del compañero de los apóstoles Lucas, y qué cosas hay, en el Evangelio, que conocemos solamente por mediación de él (Lucas).
- XV. Contra los que se burlan del apóstol Pablo.
- XVI. Cuál es el parecer de los apóstoles acerca de Nuestro Señor Jesu-Cristo.
- XVII. Manifestación de que un solo y mismo Jesu-Cristo es el Verbo de Dios.
- XVIII. Contra los que dicen que su presencia fue sólo aparente.
- XIX. De aquel Espíritu que descendió sobre Él.
- XX. Cuál fue el motivo por el que el Verbo de Dios se hizo carne.
- XXI. Contra los que dicen que fue engendrado de José.
- XXII. Por qué fue Dios magnánimo en la desobediencia del hombre.
- XXIII. Declaración de que por el hombre que es salvado sucedió que fuera arrojado del Paraíso a este mundo.
- XXIV. Declaración de que el Verbo de Dios se hizo hombre.
- XXV. Qué significa lo que fue dicho a David: «Algo del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono».
- XXVI. De qué manera fueron vertidas las Escrituras al griego y cuándo.
- XXVII. Declaración de que «he aquí que una virgen le

- tendrá en su vientre» y no una muchacha tal como dicen algunos.
- XXVIII. Qué quiere decir aquello de Daniel: «Una piedra arrancada sin manos llenó toda la tierra».
- XXXIX. Por qué la vara que arrojó Moisés se convirtió en serpiente.
- XXX. Declaración de que, si el Señor hubiera sido hijo de José, no hubiera podido ser Rey.
- XXXI. Manifestación de que, por lo mismo que el hombre fue arrojado del paraíso, entra de nuevo en él.
- XXXII. Contra los que dicen que el Señor no tomó nada de María en el momento de ser engendrado.
- XXXIII. Por qué Lucas comenzando su genealogía en el Señor acaba en Adán, y cuántas son las generaciones desde Adán hasta el Señor.
- XXXIV. Declaración de que Adán es el primero en ser salvado por el Señor.
- XXXV. Por qué Dios le arrojó a Adán del Paraíso.
- XXXVI. Acerca de Caín que mató a su hermano.
- XXXVII. Por qué Adán se ciñó alrededor hojas de higuera.
- XXXVIII. Qué significa lo que dijo el Profeta: «Caminarás por encima del áspid y del basilisco» y demás.
- XXXIX. En contra de la enseñanza de Taciano.
- XL. En contra de los que, por cualquier motivo, suscitan cismas.
- XLI. Declaración de que este mundo está gobernado según la Providencia del Padre.
- XLII. De que ni la justicia puede persistir sin bondad ni la bondad sin justicia.
- XLIII. De que ser sabio es lo mismo que ser juez.
- XLIV. Manifestación de que el Verbo de Dios es justo y bueno.
- XLV. De qué manera se manifiesta Platón más religioso que los herejes.

XLVI. De qué manera los discípulos de Valentín se muestran fuera de la verdad según su costumbre.

PREFACIO

COMIENZA EL LIBRO III

Demostración por medio de las Escrituras

- Pr Sin duda tú, carísimo, nos habías ordenado que pusiéramos de manifiesto las opiniones, según ellos, misteriosas de los Valentinianos y mostráramos su variedad y redactáramos un discurso que los destruyera. Por eso hemos intentado, para refutarlos, comenzando por Simón el padre de todos los herejes, poner al descubierto sus enseñanzas y éxitos y oponernos a todos ellos. Por lo cual, como sea el mismo trabajo el de confundirlos y destruirlos en muchas cosas, te hemos enviado unos libros, de los que: el primero contiene las enseñanzas de todos ellos y revela sus costumbres y particularidades de su comportamiento; 12 el segundo refuta sus perversas enseñanzas, las deja al descubierto, y las hace aparecer tal cual son. Mas en este tercero añadiremos algunas pruebas sacadas de las Escrituras, para que de nuestra parte no te falte nada de lo que 16 ordenaste, sino para que, tu opinión aparte, recibas de nosotros unos medios con que desenmascarar y refutar y destruir a los que de alguna manera ofrecen enseñanzas erróneas. Porque la caridad, que está arraigada en Dios, 20 rica y generosa, da más de lo que se le pide. Acuérdate, por tanto, de lo que dijimos en los dos primeros libros;

añadiendo a ello la presente obra, dispondrás de una argumentación más completa contra todos los herejes, y lucharás contra ellos con confianza y determinación en defensa
24 de la fe verdadera y vivificante que la Iglesia ha recibido de los apóstoles y la transmite a sus hijos.

PRÓLOGO

LA VERDAD DE LAS ESCRITURAS

De qué manera la Iglesia, por medio de los Apóstoles, ha recibido el Evangelio.

En efecto, el Señor de todas las cosas ha dado el poder de anunciar el Evangelio (a) a sus apóstoles, por medio de los cuales hemos conocido la verdad, es decir, la enseñanza del Hijo de Dios. A los que también dijo el Señor: 28 «Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha, y quien a vosotros rechaza a Mí me rechaza y a Aquél que me ha enviado» (b).

1.1. Porque no hemos conocido la «economía» de nuestra salvación, sino por medio de aquéllos por los que ha llegado a nosotros el Evangelio: El cual fue predicado 4 primero, y nos ha sido transmitido después por voluntad de Dios en las Escrituras, para que sea fundamento y columna de nuestra fe. Porque no es lícito decir que predicaron antes de tener perfecto conocimiento, tal como algunos se atreven a decir, vanagloriándose de ser correctores de los apóstoles. En efecto, después de que resucitó 8 Nuestro Señor de entre los muertos y los apóstoles quedaron, por la venida del Espíritu Santo, revestidos de la fortaleza de lo alto, se llenaron de certidumbre acerca de todo 12 y tuvieron conocimiento perfecto; marcharon a los confi-

Pr. (a) Mat. 28,18-19; Marc. 16,15.

Pr. (b) Luc. 10,16.

nes de la tierra, proclamando la buena nueva de los bienes que nos vienen de Dios y anunciando la paz celeste a los hombres, que poseían el Evangelio de Dios, o bien todos
 16 en común, o bien cada uno de ellos en particular. Así Mateo redactó su Evangelio en hebreo, que era la lengua propia de ellos, mientras Pedro y Pablo evangelizaban en Roma
 20 y fundaban la Iglesia. Mas, después de su muerte, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro nos transmitió él también por escrito lo que había sido anunciado por Pedro. Y Lucas, compañero de Pablo, consignó en un libro el Evan-
 24 gelio (h) que era predicado por Pablo. Después, también Juan, discípulo del Señor, redactó el Evangelio, cuando moraba en Efeso de Asia.

28 1.2. Y todos éstos nos transmitieron que hay un solo Dios Creador de cielo y tierra, anunciado por la ley y los profetas y un solo Cristo, Hijo de Dios: A los que, si al-
 32 guien rehusa su asentimiento, desprecia, sin ninguna duda, a los partícipes del Señor (a); desprecia también al Señor mismo en persona; desprecia al Padre, y se condena a sí mismo, oponiendo resistencia a su salvación, que es lo que precisamente hacen todos los herejes.

Los herejes no admiten ni las Escrituras ni la Tradición

2.1. En efecto, cuando se ven convencidos por las Es-
 crituras, se ponen a acusar a las Escrituras mismas: como si no fueran correctas ni propias para hacer autoridad, ya
 4 porque su lenguaje, según ellos, es equívoco, ya porque por ellas solas no es posible que puedan hallar la verdad los que desconocen la Tradición. Porque dicen ellos que la verdad no ha sido transmitida por medio de las Escritu-

1.1. (h) Gál. 2,2; I Thes. 2,9.

1.1. (i) Jn. 13,23; 21,20.

1.2. (a) Hebr. 3,14.

- ras, sino de viva voz, por lo que hacen decir a Pablo: «Entre los perfectos predicamos la sabiduría, no la de este mundo»
- 8 (a). Y cada uno de ellos sostiene que esta Sabiduría ha sido encontrada por ellos mismos, o dicho de otro modo, es una ficción de su imaginación. Por lo tanto es normal que, según ellos, la verdad esté ora en Valentín, ora en Marción, ora en Cerinto, luego en Basílides, o también en cualquier otro que lleva siempre la contraria y jamás pudo pronunciar una palabra saludable. Porque cada uno de ellos está tan profundamente pervertido, que corrompe la «regla de la ver-
- 12 dad» y no se ruboriza de predicarse a sí mismo (b).
- 16

- 2.2. Mas cuando otras veces citamos la tradición que viene de los apóstoles y que gracias a la sucesión de los presbíteros se guarda en las Iglesias, se oponen a la tradición confesando: que ellos, siendo no sólo más sabios que los presbíteros, sino también más que los apóstoles, han encontrado la verdad pura: porque los apóstoles, según ellos, mezclaron las prescripciones de la ley con las palabras del Salvador; y porque, no sólo los apóstoles, sino también el Señor mismo, prepararon sus predicaciones ya de parte del «Demiurgo», ya de parte del «Intermediario», ya de parte del «Poder Supremo»; y porque ellos conocen el misterio escondido (a), sin ningún género de duda, sin
- 20
- 24
- 28
- mancha y sin alteración. Lo cual significa blasfemar sin ninguna clase de pudor contra su Creador. Es el caso, por tanto, que no están de acuerdo ni con las Escrituras ni con la Tradición.

- 2.3. Tales son, carísimo, los hombres contra los que tenemos que combatir. Resbaladizos como serpientes intentan escaparse de todas partes. Por lo que debemos oponernos a ellos por todas partes, con la esperanza de que podamos, rechazándolos, llevar a algunos de ellos a la
- 32

2.1. (a) I Cor. 2,6.

2.1. (b) II Cor. 4,5.

2.2. (a) Ef. 3,9; Col. 1,26.

conversión a la verdad. Porque aunque no es fácil hacer
 36 cambiar de sentimientos a un alma poseída por el error,
 sin embargo no es totalmente imposible librarse del error
 cuando se coloca la verdad delante.

La tradición apostólica de la Iglesia

3.1. Así pues, la tradición de los apóstoles, que ha sido
 manifestada en el mundo entero, puede ser percibida en
 toda la Iglesia por todos aquellos que quieren ver la ver-
 dad. Y nosotros podemos enumerar los obispos que fue-
 4 ron establecidos por los apóstoles en las Iglesias y sus
 sucesores hasta nosotros. Ellos no enseñaron ni conocie-
 ron nada que se pareciera a las imaginaciones delirantes
 de estos hombres. En efecto, si los apóstoles hubieran
 8 conocido los misterios secretos y hubieran enseñado a los
 perfectos separadamente e ignorando los demás, hubieran
 comunicado también esos mismos misterios sobre todo a
 los que habían encomendado las Iglesias. Porque querían
 que fuesen totalmente perfectos e irrepreensibles (a) aque-
 llos que dejaban como sucesores suyos: A quienes trans-
 12 mitían también su propia misión de enseñanza, para que
 fuese de gran provecho a los que desempeñaran su cargo
 correctamente, y en cambio fuese el mayor infortunio para
 los que faltaran.

3.2. Mas, como sería demasiado largo en una obra
 16 como ésta enumerar las sucesiones de todas las Iglesias,
 indicamos solamente la de una de ellas, la de la Iglesia
 más grande, más antigua y más conocida de todos, que la
 fundaron y establecieron en Roma los más gloriosos após-
 toles Pedro y Pablo; mostrando que la tradición que posee
 20 de los apóstoles y la fe (a) que ella anuncia a los hombres
 llega hasta nosotros por la sucesión de obispos; nosotros

3.1. (a) I Tim. 3,2.

3.2. (a) Rom. 1,8.

- confundimos a todos aquellos que de cualquier manera que sea, o bien por propia complacencia, o por gloria vana,
- 24 por ceguera y error doctrinal, constituyen grupos ilegítimos; porque con esta Iglesia, a causa de su origen más excelente, debe necesariamente estar de acuerdo toda la Iglesia, es decir, los fieles de todas partes —en ella, por
- 28 medio de las gentes que son de todas partes, se ha conservado siempre la tradición que viene de los apóstoles.

- 3.3. Por tanto, después de haber fundado y edificado la Iglesia, los bienaventurados apóstoles entregaron a Lino la dignidad del episcopado: Pablo hace mención de este
- 32 Lino en sus cartas a Timoteo (a). Le sucede Anacleto. Después de él, en tercer lugar a partir de los apóstoles, el episcopado corresponde en suerte a Clemente. El cual había visto a los apóstoles mismos y se había relacionado con
- 36 ellos; y, como tenía todavía la predicación apostólica sonando en sus oídos y la tradición ante sus ojos no estaba solo: porque todavía quedaban entonces muchos que habían sido adoctrinados por los apóstoles. En esas circunstancias, bajo el gobierno de Clemente, se produjo entre los
- 40 hermanos de Corinto una divergencia de opiniones no pequeña; la Iglesia de Roma envió a los Corintios una carta importantísima para reconciliarlos en la paz y renovar su fe y anunciarles la tradición que ella había recibido recién
- 44 temente de los apóstoles, a saber: Un solo Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra (b), que modeló al hombre (c), que hizo venir el diluvio (d), y llamó a Abraham (e), que sacó a su pueblo de la tierra de Egipto
- 48 (f), conversó con Moisés (g), dio la ley (h), envió a los profetas (i) y preparó el fuego para el diablo y sus ángeles (j). Pueden aprender los que quieren, de la Escritura mis-

3.3. (a) II Tim. 4,21.

3.3. (b) Gén. 1,1.

3.3. (c) Gén. 2,7.

3.3. (d) Gén. 2,17.

3.3. (e) Gén. 12,1.

3.3. (f) Ex. 3,10.

3.3. (g) Ex. 3,4s.

3.3. (h) Ex. 20,1s.

3.3. (i) Is. 6,8; Jer. 1,7; Ex. 2,3.

3.3. (j) Mat. 25,41.

ma, que éste es el mismo Dios anunciado por las Iglesias como el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, y pueden también conocer por ella la tradición Apostólica de la Iglesia, puesto que esta carta es anterior a los actuales fautores del error, que inventan falsamente a otro Dios superior al «Demiurgo» y Creador de todo lo que existe. A este Clemente sucede Evaristo; a Evaristo Alejandro; después, en el sexto lugar, a partir de los apóstoles fue establecido Sixto; después de él Telesforo, que dio glorioso testimonio; después Higinio, a continuación Pío, después de él Aniceto. Habiéndole sucedido Sotero a Aniceto, ahora en duodécimo lugar posee el episcopado procedente de los apóstoles, Eleuterio. Por este orden y sucesión aquella tradición que procedente de los apóstoles existe en la Iglesia y el anuncio de la verdad llegan hasta nosotros. Y ésta es la prueba más palpable de que es una sola y la misma la fe vivificante, que en la Iglesia, desde los apóstoles hasta ahora se ha conservado y transmitido en la verdad.

3.4. Mas Policarpo no sólo fue adoctrinado por los apóstoles y vivió en compañía de muchos que habían visto a Nuestro Señor, sino también fue nombrado por los apóstoles obispo de la Iglesia de Esmirna en Asia, al cual le vimos también nosotros en nuestra juventud; porque él vivió muchos años y en una vejez avanzada, después de haber dado un glorioso y brillante testimonio, partió de esta vida. Ahora bien, él enseñó siempre lo que había aprendido de los apóstoles, lo cual transmitió también a la Iglesia, y es lo único verdadero. Todas las Iglesias de Asia dan testimonio de ello y todos los que hasta el día de hoy han sucedido a Policarpo; que fue de mucha mayor autoridad y testigo de la verdad más fiel que Valentín y Marción y todos los demás que tienen falsas opiniones. Venido a Roma bajo el gobierno de Aniceto, convirtió a la Iglesia de Dios a muchos herejes de los que hablamos anteriormente, proclamando que él no había recibido de los apóstoles más que una sola y única verdad, que era la misma que había transmitido a la Iglesia. Hay quienes le

- oyeron decir que Juan, discípulo del Señor, yendo en Efeso a bañarse, cuando vio dentro a Cerinto, salió de las termas sin bañarse por temor, según él, de que se desplomaran las termas porque se hallaba dentro Cerinto enemigo de la
- 88 verdad. Y Policarpo mismo respondió así a Marción, que en cierta ocasión le salió al encuentro y le decía: «Reconócenos», «te conozco como primogénito de Satanás». Tan grande era la circunspección que tenían los apóstoles y sus
- 92 discípulos que ni de palabra se comunicaban con alguno de aquellos que tergiversaban la verdad, tal como Pablo dice: «Del hombre hereje, después de una y otra amonestación, séparate, sabiendo que está pervertido y peca, condenándose a sí mismo» (a). Existe también una carta de
- 96 Policarpo escrita a los Filipenses de la que, los que quieren y se preocupan por su salvación, pueden aprender el rasgo distintivo de su fe y la predicación de la verdad. Finalmente también la Iglesia de Efeso, fundada por Pa-
- 100 blo, y lugar donde permanece Juan hasta la época de Trajano, es también un testimonio verídico de la tradición de los apóstoles.

- 4.1. Por consiguiente, viendo las pruebas de tal magnitud, no es preciso buscar todavía entre otros la verdad que es fácil recibir de la Iglesia, porque los apóstoles, como en una rica bodega, han depositado en ella, de manera más
- 4 plena, todo lo relacionado con la verdad, a fin de que todo el que lo desee pueda recibir de ella la bebida de la vida (a). En efecto, éste es el camino de acceso a la vida; todos los demás, son salteadores y ladrones (b). Esta es la razón
- 8 de por qué hay que rechazarlos (c) y amar por otra parte con un celo extremado todo lo que es propio de la Iglesia y asirse a la tradición de la verdad. ¿Pues qué? ¿Si se suscitara una discusión sobre alguna cuestión de la menor
- 12 importancia, acaso no sería preciso recurrir a las Iglesias más antiguas, en que han morado los apóstoles, para to-

3.4. (a) Tit. 3,10-11.

4.1. (a) Apoc. 22,17.

4.1. (b) Jn. 10,8.11,9.

4.1. (c) Tit. 3,10.

mar de ellas, sobre la cuestión en litigio, la doctrina exacta y pura? Y en la suposición de que los apóstoles no nos
 16 hubieran dejado las Escrituras, ¿acaso no era preciso seguir la disposición de la tradición que entregaron a los que se confiaban las Iglesias?

4.2. A esta disposición dan su asentimiento muchos pueblos bárbaros que creen en Cristo. Ellos son poseedores de la salvación, escrita sin papel ni tinta (a) por el
 20 Espíritu Santo en sus corazones (b), y conservan escrupulosamente la antigua tradición, creyendo en un solo Dios Creador del cielo y de la tierra y de todo lo que ellos contienen (c), y en Cristo Jesús, Hijo de Dios quien, a causa
 24 de su singularísimo amor (d) para la obra modelada por Él, ha consentido en ser engendrado de la Virgen, para unir por sí mismo el hombre con Dios, y ha padecido bajo el poder de Poncio Pilato (e), ha resucitado y ha sido elevado
 28 a la gloria y vendrá en la gloria (f) como Salvador de los que se van a salvar y Juez de los que serán juzgados y enviará al fuego eterno (g) a los que desfiguran la verdad y menosprecian a su Padre y a su propia venida. Aquéllos
 32 que, siendo ignorantes, han abrazado esta fe son, por lo que se refiere a nuestro lenguaje, bárbaros; mas, en cuanto al pensamiento, costumbres y manera de vivir, son gracias a su fe, extraordinariamente sabios y que agradan a
 36 Dios viviendo en toda justicia, pureza y sabiduría. A los que, si alguien anunciare las invenciones de los herejes dirigiéndose a ellos en su propio idioma, inmediatamente, tapándose los oídos, huirían muy lejos y por largo tiempo,
 40 no pudiendo soportar esos discursos blasfemos. Así, gracias a la antigua tradición de los apóstoles, ni siquiera men-

4.2. (a) II Jn. 12.

4.2. (b) II Cor. 3,3.

4.2. (c) Ex. 20,11; Ps. 145,6; Hech. 4,24; 14,15.

4.2. (d) Ef. 3,19.

4.2. (e) I Tim. 3,16.

4.2. (f) Mat. 16,27; 24,30; 25,31.

4.2. (g) Mat. 25,41.

talmente admiten cualquier relación de prodigios que hayan estos herejes.

Novedad de estos herejes

- 44 4.3. Porque no hubo entre ellos ni una comunidad, ni una enseñanza debidamente establecida. Porque antes de Valentín no hubo discípulos de Valentín, ni antes de Marción discípulos de Marción; ni existían tampoco los
48 demás defensores de falsas opiniones, que hemos enumerado anteriormente, antes de que aparecieran los iniciadores en los misterios e inventores de sus extravagancias. En efecto, Valentín llegó a Roma bajo Higino, se desarrolló
52 bajo Pío y se mantuvo hasta Aniceto. Cerdón, el predecesor de Marción, bajo el gobierno de Higino, que fue octavo obispo, había llegado también y acercándose muchas veces a la Iglesia, hacía penitencia pública; acabó su vida de la siguiente manera: unas veces enseñaba en secreto, otras hacía penitencia pública, y en fin, convicto por algunos de su enseñanza errónea, fue excluido de la comunidad de los hermanos. Marción en cambio, su sucesor, se hizo fuerte en tiempo de Aniceto, que detentaba el décimo lugar del episcopado. Mas todos los demás, que se
60 dicen gnósticos, tuvieron sus comienzos en Menandro, discípulo de Simón, tal como lo manifestamos: Cada uno de ellos, según la opinión adoptada, aparece como el padre e iniciador de esta opinión. Y todos éstos en una época muy
64 posterior, en un momento en que la Iglesia llegaba a su edad media, se alzaron contra su propia apostasía.

Cristo y los apóstoles predicaron según la verdad, no según las ideas preconcebidas de sus oyentes

5.1. Siendo por consiguiente así la manera como la tradición salida de los apóstoles se presenta en la Iglesia y

perdura en medio de nosotros, volvamos a la prueba saca-
 da de las Escrituras, de aquellos apóstoles que pusieron
 4 por escrito el Evangelio, y en las cuales nos expusieron la
 enseñanza sobre Dios, y nos hacen ver que Nuestro Señor
 Jesucristo es la verdad (a) y no hay mentira en Él (b). De
 la misma manera que David profetizando aquel nacimien-
 8 to suyo de la Virgen y la resurrección de entre los muer-
 tos, dice: La verdad ha salido de la tierra (c9). Los após-
 toles, en cambio, siendo discípulos de la verdad están li-
 bres de toda mentira; porque no hay comunión entre la
 12 mentira y la verdad como tampoco hay entre las tinieblas
 y la luz (d); sino que la presencia de una de ellas excluye
 a la otra. Siendo por tanto la Verdad, Nuestro Señor no
 mentía; y a aquél, que sabía que era fruto de una deficien-
 16 cia, no le proclamaría siempre como Dios y Señor de todo,
 Rey Supremo y Padre suyo (e); el perfecto al imperfecto,
 el espiritual al animal, Aquél que se encontraba dentro del
 20 Pleroma a Aquél que se hallaba fuera. Ni sus discípulos
 llamarían a nadie Dios y Señor más que a Aquél que real-
 mente es verdadero Dios y Señor de todo. Sin embargo
 esto es lo que pretenden estos falsos sofistas. Según ellos,
 los apóstoles, con hipocresía, realizaron su enseñanza acos-
 tumbrándose a la capacidad de sus oyentes y daban sus
 24 respuestas adaptándose a los prejuicios de los que interro-
 gaban: Hablaban así a los ciegos según la ceguera de los
 mismos, a los enfermos según su enfermedad, y a los que
 erraban según su error, siguiendo la corriente; y a los que
 28 creían que el Demiurgo es el único Dios, éste era el que
 ellos anunciaban; mientras que a aquéllos que asían al
 inefable Padre, expresaban ellos con la ayuda de parábo-
 las y de enigmas el misterio indecible. Así, no según las
 exigencias de la verdad, sino con hipocresía y tal como

5.1. (a) Jn. 14,6; I Jn. 5,6.

5.1. (b) I Ped. 2,22; I Jn. 2,21.27.

5.1. (c) Ps. 84,12.

5.1. (d) II Cor. 6,14.

5.1. (e) Mat. 5,34-35; 11,25.

32 era cada uno capaz de asimilar, el Señor y los apóstoles ejercitaban su magisterio.

5.2. Esto no es, responderemos nosotros, propio de los que sanan y dan vida, sino de los que agravan y aumentan
36 las ignorancias de los oyentes; y ocurrirá que la ley sea más veraz que ellos, porque ella maldice al que desorienta al ciego en su camino (a).

En efecto, los apóstoles, que habían sido enviados para hallar a los extraviados, para dar vista a los invidentes y
40 curar a los enfermos, no les hablaban ciertamente según su opinión del momento, sino según lo que exigía la manifestación de la verdad. Porque nadie obraría rectamente si, estando unos ciegos a punto de caer en un precipicio,
44 él los exhortara a continuar por aquel camino tan peligroso como si realmente fuera el camino correcto para conducirles al término. ¿Qué médico hay que, queriendo curar a un enfermo, obre según el capricho del enfermo y no
48 según lo que manda la medicina? Ahora bien, como el Señor viene a hacer de médico de aquéllos que sufren algún mal, atestigua diciendo: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos; no he venido a llamar a la penitencia a los justos, sino a los pecadores» (b). Por tan-
52 to ¿de qué manera se restablecerán los que sufren algún mal? ¿Y cómo harán penitencia los pecadores? ¿Perseverando acaso en las mismas disposiciones, o aceptando por el contrario un cambio profundo y mudando su antiguo
56 modo de vivir, por el que se atraieron sobre sí un malestar moral no pequeño y muchos pecados?

Mas la ignorancia, que es la madre de todos éstos, se elimina con el conocimiento. Por tanto éste era el conocimiento que el Señor producía en sus discípulos, por el que
60 curaba a los enfermos y apartaba a los pecadores de su pecado. No les hablaba, por consiguiente, según sus opiniones anteriores, ni les respondía según los prejuicios de

5.2. (a) Deuter. 27,18.

5.2. (b) Luc. 5,31-32.

los que interrogaban, sino según la doctrina de salvación
64 sin hipocresía ni acepción de personas (c).

5.3. Lo cual se prueba también por las palabras del
Señor; el cual, hablando a los circuncisos, les demostraba
que el Cristo que había sido anunciado por los profetas era
68 el Hijo de Dios; es decir, se mostraba a sí mismo como
Aquél que devolvía la libertad a los hombres y les procu-
raba la herencia de la incorruptibilidad. Por otra parte, los
apóstoles, dirigiéndose a los gentiles, les enseñaban a
abandonar los falsos ídolos de madera (a) y de piedra (b)
72 que ellos tomaban por dioses, para que honraran al verda-
dero Dios que estableció y formó a toda la raza humana y
por medio de su creación los alimenta, les hace crecer, los
fortalece y les da el ser y para que esperaran a su Hijo (c)
76 Jesu-Cristo, que con su sangre (d) nos redimió de la apos-
tasía a fin de que también nosotros seamos un pueblo san-
tificado (e). Y que descenderá de los cielos con el poder
de su Padre (g) y ha de juzgar a todos los hombres y ha de
repartir sus bienes que proceden de Dios entre los que ha-
80 yan guardado sus mandamientos (h). Éste, apareciendo en
la plenitud de los tiempos, como piedra angular (i), reali-
zó una unidad y reunió a los que estaban lejos y a los que
estaban cerca (j), es decir, a los circuncisos e incircuncisos,
84 dejando espacio a Jafet, y haciéndole habitar en la casa de
Sem.

5.2. (c) I Ped. 1,17.

5.3. (a) Hech. 14,15.

5.3. (b) Is. 37,19; St. 14,21.

5.3. (c) I Tes. 1,10.

5.3. (d) Apoc. 5,9; I Ped. 18.

5.3. (e) Hebr. 13,12; I Ped. 2,9.

5.3. (f) I Tes. 4,16.

5.3. (g) Mat. 24,30.

5.3. (h) Jn. 15,10.

5.3. (i) I Ped. 2,6; Ef. 2,20.

5.3. (j) Ef. 2,17.

PRIMERA PARTE

UN SOLO DIOS CREADOR DE TODAS LAS COSAS

1. TESTIMONIO GLOBAL DE LAS ESCRITURAS SOBRE EL ÚNICO DIOS VERDADERO

Testimonio del espíritu profético

- 6.1. Por consiguiente, ni el Señor, ni el Espíritu Santo, ni los apóstoles hubiesen alguna vez llamado Dios a aquél que no fuese Dios, en el sentido propio del término, si no
4 fuese verdadero Dios; ni hubiesen nombrado Señor, de manera absoluta, a ningún otro que no fuese el Dios Padre, que tiene dominio sobre todas las cosas, y su Hijo, que ha recibido de su Padre la soberanía sobre toda la
8 Creación. Como dice el texto de la Escritura: Dijo el Señor a mi Señor. Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos como banquillo de tus pies (a): Muestra el Padre hablando al Hijo: Te daré en herencia las naciones (b), y te someteré a todos tus enemigos.
- 12 Por tanto como el Padre sea verdadero Señor y el Hijo también verdadero Señor, con razón el Espíritu Santo los designó con el título de Señores. De la misma manera en el relato de la destrucción de Sodoma dice la Escritura: El Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra fuego y azu-

6.1. (a) Ps. 109,1.

6.1. (b) Ps. 2,8.

6.1. (c) Gén. 19,24.

- 16 fre del Señor desde el cielo (c). Esta frase significa que el Hijo que viene de conversar (d) con Abraham ha recibido del Padre el poder de condenar a los habitantes de Sodoma a causa de su iniquidad. Del mismo modo dice: Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos; un cetro de equidad
- 20 el cetro de tu reino. Amas la justicia y odias la impiedad; por eso Dios, tu Dios, te ha ungido (e). El Espíritu ha designado a los dos con el título de «Dios», y a aquél que
- 24 es ungido llama Hijo, y a aquél que unge llama Padre. Y también: Dios se levanta en la asamblea divina, juzga en medio de los dioses (f). Este texto habla del Padre, del Hijo y de aquéllos que han recibido la adopción de hijos (g). Estos últimos son la Iglesia. Porque ésta es la asamblea de
- 28 Dios, que «Dios», es decir, el Hijo, ha reunido Él mismo y por Sí mismo. Del cual dice también: El Señor Dios de los dioses ha hablado y ha llamado a la tierra (h). ¿Qué Dios? Aquél de quien dijo: Vendrá Dios de una manera manifiesta, o, nuestro Dios vendrá y no guardará silencio
- 32 (i). Se trata del Hijo que ha venido a los hombres manifestándose a sí mismo y que dice: Me he manifestado a los que me buscaban (j). Y ¿cuáles son esos dioses? Aquéllos a los que dice: Yo dije: Dioses sois todos vosotros e hijos del Altísimo (k). Se trata de aquéllos que han recibido la gracia de la adopción de hijos, por la que clamamos:
- 36 Abba, Padre.

- 6.2. Así ningún otro, tal como dije anteriormente, es nombrado Dios y Señor, sino Aquél que es Dios y Señor de todas las cosas —el que dijo a Moisés: «Yo soy el que
- 40 soy», y: «Así responderás a los hijos de Israel: «El que es

6.1. (d) Gén. 18,17-32.

6.1. (e) Ps. 44,7-8.

6.1. (f) Ps. 81,1.

6.1. (g) Rom. 8,15.

6.1. (h) Ps. 49,1.

6.1. (i) Ps. 49,2-3.

6.1. (j) Is. 65,1.

6.1. (k) ¿ 81,6.

me ha mandado a vosotros» (a), —y su Hijo Jesucristo Nuestro Señor, que convierte en hijos de Dios a los que creen en su nombre (b). Y trata también de lo mismo cuando el Hijo dice a Moisés: «Yo he descendido para liberar
 44 a este pueblo» (c). Es el mismo, en efecto, el que descien-
 de y asciende (d) para salvar a los hombres. Y así, por
 medio del Hijo que está en el Padre y tiene en Sí al Padre
 (e), es Dios el que se ha manifestado, dando el Padre tes-
 48 timonio del Hijo (f), y anunciando el Hijo al Padre (g).
 Según dice también Isaías: «Y yo soy el testigo, dice el
 Señor Dios, así como el Niño que he elegido, para que
 conozcáis, y creáis y entendáis que soy yo» (h).

52 6.3. En cambio, cuando la Escritura llama dioses a los
 que no son, tal como dije anteriormente, no los presenta
 como dioses de una manera absoluta, sino con una indica-
 ción suplementaria, por la que hace ver bien que no son
 verdaderos dioses. Así en David: «Los dioses de los gen-
 56 tiles son ídolos de demonios» (a), y: «No vayáis en pos de
 dioses extraños» (b). Por lo que dice: «dioses de los gen-
 tiles» —los gentiles, se sabe, ignoran al verdadero dios
 (bb)—, y llamándolos «dioses extraños» ella excluye ya
 que sean verdaderos.

60 Por el aspecto exterior que tienen, dice de ellos: «Son
 imágenes de demonios». E Isaías: Sean confundidos to-
 dos los que modelan a Dios y esculpen obras vanas (c).

6.2. (a) Ex. 3,14.

6.2. (b) Jn. 1,12.

6.2. (c) Ex. 3,8.

6.2. (d) Ef. 4,9-10; Jn. 3,13.

6.2. (e) Jn. 14,10-11.

6.2. (f) Jn. 5,37.

6.2. (g) Jn. 17,26.

6.2. (h) Is. 43,10.

6.3. (a) Ps. 95,5.

6.3. (b) Ps. 80,10; Jer. 35,15.

6.3. (bb) Ps. 78,6; Jer. 10,25; I Tes. 4,5.

6.3. (c) Is. 44,9-10.

- (Y yo soy testigo, dice el Señor). Excluye que sean dioses; usa el nombre únicamente para esto, para que sepamos de qué habla. Esto mismo dice Jeremías: Dioses que no han hecho ni el cielo ni la tierra, que desaparezcan de la tierra que está debajo del cielo (d). Por lo mismo que evoca la perspectiva de su desaparición, manifiesta que no son dioses. También Elías, habiendo convocado a todo el pueblo de Israel sobre el monte Carmelo, queriendo apartar a todos de la idolatría, les dice: ¿Hasta cuándo andaréis cojeando con dos muletas? Uno solo es el Señor Dios, seguidle (e). Y una segunda vez, delante del holocausto, habla así a los sacerdotes de los ídolos: Vosotros invocaréis el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre del Señor mi Dios; el Dios que responda hoy, ése será el verdadero Dios (f). Expresándose de esta manera mostraba el profeta que los que ellos tomaban por dioses no eran tales. E hizo que se volvieran a aquel Dios, que era creído por él, y que era el verdadero Dios, y a quien invocando clamaba: «Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, escúchame hoy y entienda todo el pueblo que tú eres el Dios de Israel» (g).

- 6.4. Y por consiguiente yo te invoco, Señor Dios de Abraham y Dios de Isaac y Dios de Israel (a), que eres el Padre de Nuestro Señor Jesucristo (b), el Dios que por la abundancia de tus misericordias (c), has advertido en nosotros (d) que te conocemos a ti (e), que has hecho el cielo y la tierra (f) y tienes dominio sobre todas las cosas (g)

6.3. (d) Jer. 10,11.

6.3. (e) I Rey. 18,21.

6.3. (f) I Rey. 18,24.

6.3. (g) I Rey. 18,36.

6.4. (a) I Rey. 18,24.

6.4. (b) II Cor. 1,3; 11,31; Ef. 1,3; 3,4; Col. 1,3; I Ped. 1,3.

6.4. (c) Ps. 68,14; 105,7.45.

6.4. (d) Ps. 43,4.

6.4. (e) Jn. 17,3; 5,20.

6.4. (f) Is. 37,16.

6.4. (g) I Chr. 29,12.

- 88 y eres el único Dios verdadero (h) sobre el que no hay
ningún otro Dios; y que por Nuestro Señor Jesucristo otor-
gas incluso el don (i) del Espíritu Santo, concediendo a
quien lea este escrito, conocer que tú eres el único Dios
92 (j) y que está afianzado en ti (k) y se aparta de toda doc-
trina herética, que niega a Dios y es sacrílega.

Testimonio de Pablo

- 6.5. Por su parte el apóstol Pablo diciendo también: Si
servisteis a los que por naturaleza no son dioses, ahora,
habiendo conocido a Dios, o más bien, habiendo sido co-
nocidos por Él (a), ha separado a los que no eran dioses
96 de Aquél que es el verdadero Dios. Y hablando en otra
ocasión del Anticristo, dice: «El adversario que se alzaría
sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto» b.
designa así a los dioses, que son llamados tales por los que
ignoran a Dios, es decir a los ídolos. Porque el Padre de
100 todas las cosas es llamado Dios y lo es; y el Anticristo no
se alzaría sobre Él, sino sobre aquéllos que se llaman dio-
ses pero no lo son. Mas porque esto es así, dice Pablo:
«Sabemos que el ídolo no es nada y que no hay más que
un solo Dios. En efecto, aunque existen los seres llama-
104 dos dioses, tanto en el cielo como en la tierra, para noso-
tros no hay más que un solo Dios Padre, de quien provie-
nen todas las cosas y hacia el cual caminamos. Y un solo
Señor Jesucristo, por quien vienen todas las cosas y por el
que nosotros caminamos. Por ello Él distinguió y separó
108 los seres que se llaman dioses pero no lo son, del único

6.4. (h) Jn. 17,3.

6.4. (i) Hech. 2,38; 19,45.

6.4. (j) Ps. 85,10; Is. 37,16; Dan. 3,45; II Rey. 19,15.19.

6.4. (k) Ps. 70,6.

6.5. (a) Gál. 4,8-9.

6.5. (b) II Tes. 2,4.

6.5. (c) I Cor. 8,4-6.

- Dios Padre del que provienen todas las cosas y confesó de la manera más categórica a un solo Señor Jesucristo. Las palabras «tanto en el cielo como en la tierra» no se entienden tal como lo explican los herejes, como haciendo alusión a los supuestos «autores del mundo», sino que se parecen a aquello que dice Moisés: «No harás ídolos ni imagen tallada alguna de cuanto hay arriba en los cielos, abajo en la tierra o en las aguas subterráneas» (d). Él mismo explica cuáles son las cosas que hay en el cielo: «Ni suceda tampoco, dice, que, alzando los ojos al cielo y viendo el sol, la luna y las estrellas y todos los astros del firmamento, te dejes seducir hasta adorarles y rendirles culto» (e). También Moisés, cuando era un hombre de Dios, fue puesto cual Dios delante del Faraón (f); sin embargo los profetas no le nombraron ni Señor ni Dios, en el verdadero sentido de las palabras, sino que el Espíritu le llama: El fiel Moisés, el servidor y familiar de Dios, o sea, lo que realmente era.

- 7.1. Mas objetan ellos que Pablo dice en su segunda carta a los Corintios: «Entre los que el Dios de este siglo ha cegado las inteligencias de los incrédulos» (a), y dicen que uno es el Dios de este siglo, y otro el que está sobre todo Principado y Potestad (b). No es culpa nuestra si éstos que pretenden conocer los misterios que están por encima de Dios, ni siquiera saben leer a Pablo. Porque, como vamos a mostrar por otros muchos ejemplos, Pablo utiliza (de buena gana) del hipérbaton en las palabras; así si se lee: «Entre los que el Dios», y después de una pausa y un intervalo de tiempo se lee de un tirón el resto: «de este siglo ha cegado las inteligencias de los incrédulos», se

6.5. (d) Deut. 5,8.

6.5. (e) Deut. 4,19.

6.5. (f) Ex. 7,1.

6.5. (g) Núm. 12,7. Heb. 3,5.

7.1. (a) II Cor. 4,4.

7.1. (b) Ef. () 21; Col. 1,16.

7.1. (c) I Cor. 15,5.

obtiene el verdadero sentido, que es el siguiente: «Dios ha cegado las inteligencias de los incrédulos de este siglo».

Y este sentido se muestra por la pausa que se ha hecho:

- 16 Porque Pablo no habla de un Dios de este siglo; como si sobre él conociera a algún otro Dios, sino que proclama a Dios como Dios; y dice que los incrédulos de este siglo no herederán el siglo (d) futuro de incorrupción (c). Y de
20 cómo cegó Dios las inteligencias de los incrédulos lo sabremos más adelante del mismo Pablo, según vayamos avanzando en nuestro tratado, para no desviarnos ahora demasiado de nuestro propósito.

- 7.2. Que el Apóstol usa frecuentemente del
24 hypérbaton, a causa de la precipitación de sus discursos y vivacidad de Espíritu que hay en él, se puede constatar también por otros textos. Así en la carta a los Gálatas habla de esta manera: «¿A qué viene, pues, la ley? Ha sido es-
28 tablecida hasta que venga el descendiente al que ha sido hecha la promesa., promulgada por los ángeles, con el concurso de un mediador» (a). Esto, bien ordenado, sería así: «¿A qué viene, pues, la ley? Promulgada por ángeles con el concurso de un mediador, ha sido establecida, has-
32 ta que venga el descendiente al que ha sido hecha la pro- mesa». Para que sea el hombre el que pregunta y el Espí- ritu el que responde. Y en otra ocasión en la segunda a los de Tesalónica, hablando del Anticristo, dice: «Entonces se manifestará el inicuo a quien el Señor Jesús hará desapa-
36 recer con el sople de su boca y aniquilará con el resplan- dor de su venida. La venida del impío, gracias a la inter- vención de Satanás, irá acompañada de toda suerte de prodigios, de señales y de pretextos engañosos» (b). En este caso el buen orden de las frases es el siguiente: «En- tonces se la manifestará el inicuo, cuya venida irá acom-

7.1. (d) Mat. 12,32; Ef. 1,21; Heb. 6,5.

7.2. (a) Gál. 3,19.

7.2. (b) II Tes. 2,8-9.

- 40 pañada, gracias a la intervención de Satanás, de toda suerte de prodigios, de señales y de portentos engañosos, y al que el Señor Jesús hará desaparecer con el soplo de su boca y aniquilará con el resplandor de su venida». Porque no
 44 dice que la venida del Señor se realizará gracias a la intervención de Satanás, sino la venida del inicuo, al que llamamos Anticristo. Por tanto si alguien no presta atención a lo que lee, y no manifiesta por medio de pausas en la lectura lo que Pablo quiere decir, estará leyendo, no sólo
 48 cosas incoherentes, sino también blasfemias, dando a entender que la venida del Señor se realizará gracias a la intervención de Satanás.

Por consiguiente como es preciso en unos textos semejantes manifestar el *hypérbaton* por medio de la lectura y salvaguardar así el orden del pensamiento del apóstol, así, en el caso visto más arriba no leeremos «el Dios de
 52 este siglo», sino que empezaremos con justo título a llamar Dios a Aquél que es Dios; y oiremos después: «los incrédulos y ciegos de este siglo», así llamados porque no heredarán el futuro siglo de la vida.

Testimonio de Cristo

- 8.1. Con la refutación de esta calumnia de los herejes se ha aprobado con toda evidencia que ni los profetas, ni
 4 los apóstoles han llamado Dios o Señor a nadie más que al solo verdadero Dios. Mucho más el Señor mismo, que manda dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios (a). Él llama César al César; y reconoce a Dios como Dios. De la misma manera en aquello que dice: No
 8 podéis servir a dos señores (b). Él lo explica diciendo: No podéis servir a Dios y a Mammoná, ni dejarse dominar por él, porque, dice, aquél que comete un pecado es esclavo

8.1. (a) Mat. 22,21.

8.1. (b) Mat. 6,24.

- del pecado (d). Por lo tanto, de la misma manera que llama esclavos del pecado a los que sirven al pecado, sin que llame señor al pecado mismo, así también llama esclavos de Mammoná a los que sirven a Mammoná, sin llamar señor a Mammoná. La palabra Mammoná en el dialecto judío del que usan también los samaritanos significa codicioso o avaro, que desea poseer más de lo que es preciso. En hebreo esta palabra, en forma adjetivada, equivale a «Mamuel» y significa «glotón». Tanto en una como en otra acepción, nosotros no podemos servir a Dios y a Mammoná.

- 8.2. De la misma manera el Señor llama al diablo el fuerte, no de manera absoluta, sino comparándole con nosotros, mientras que se presenta a sí mismo como el «fuerte», en el sentido absoluto del término y con toda verdad, cuando dice que nadie puede apoderarse de los vasos del fuerte, si primero no ata al fuerte, y saqueará entonces su casa (a). Vasos y casa del diablo éramos nosotros, cuando estábamos en la apostasía; porque él se servía de nosotros como quería y el espíritu inmundo habitaba en nosotros (b). Porque no era «fuerte» precisamente contra aquél que le encadenaba y saqueaba su casa, sino contra aquellos hombres de quienes disponía a su antojo por haber hecho apartar a Dios de su pensamiento. A los cuales los libró el Señor, tal como dice Jeremías: Redimió el Señor a Jacob y lo libró de una mano más fuerte (c). Por consiguiente si no hubiese aludido al que encadena y le arrebató sus vasos, y con esto le hubiese llamado fuerte a solo él, sería invicto el fuerte. Mas el Señor mencionó también al que sometía al fuerte, porque es vencedor el que somete y es

8.1. (c) Mat. 6,24.

8.1. (d) Jn. 8,34-

8.2. (a) Mat. 12,29.

8.2. (b) Mat. 12,43-45.

8.2. (c) Jer. 31,11.

8.2. (d) Jn. 1,3.

- vencido el que es sometido. E hizo esto sin establecer
 44 comparación, para no comparar con el señor un esclavo
 apóstata; porque no solamente éste, sino que nada de lo
 que ha sido creado y se halla en servidumbre se ha de
 comparar con el Verbo de Dios, Nuestro Señor Jesu-Cris-
 48 to, por quien fueron hechas todas las cosas.

El Creador y las criaturas

- 8.3. Juan ha indicado expresamente que tanto los Án-
 geles como Arcángeles, como Tronos y Dominaciones (a)
 han sido creados y hechos mediante su Verbo por aquel
 52 Dios que está sobre todas las cosas. Porque después de
 haber dicho que el Verbo de Dios estaba en el Padre (b),
 añadió: «Todo fue hecho por Él, y sin Él nada se hizo»
 (c). También David, después de haber enumerado las ala-
 56 banzas de las criaturas nombrando a todos los seres de que
 venimos hablando así como a los cielos y a todas sus
 potestades (d), añade: Porque Él ordenó y fueron creados;
 habló Él y fueron hechos (e). Por tanto ¿a quién ordenó?
 Al Verbo, y dijo: Por Él fueron hechos los cielos, por el
 60 Soplo de su boca existe todo su poder (f). Y como Él hizo
 todas las cosas libremente y tal como quiso, dice también
 David: Nuestro Dios, en el cielo arriba y en la tierra aba-
 jo, ha hecho todo lo que ha querido (g). Ahora bien, una
 64 cosa son las cosas que han sido creadas y otra cosa muy
 diferente el que las creó, así como difieren las cosas que
 han sido hechas y aquél que las hizo. Porque Él es increado,
 sin comienzo, ni fin y no necesitando de nada, se basta a
 Sí mismo, y aún tiene para dar a los demás hasta su exis-

8.3. (a) Col. 1,16.

8.3. (b) Jn. 1,1-2.

8.3. (c) Jn. 1,3.

8.3. (d) Ps. 148, 1-4.

8.3. (e) Ps. 148,5; 32,9.

8.3. (f) Ps. 32,6.

8.3. (g) Ps. 113,11.

- 68 tencia misma. En cambio todo lo que ha sido hecho por Él
ha recibido un comienzo; y todo lo que ha recibido un
comienzo puede conocer también la descomposición, y está
72 sujeto al que le hizo y está necesitado de Él. Es preciso,
por tanto, dar calificativos diferentes al Creador y a las
creaturas, para que los puedan distinguir incluso los que
son de poco entendimiento para ello, llamando, por una
parte Dios y Señor solamente, como es justo, a aquél que
76 con su Verbo hizo todas las cosas, y con otra denomina-
ción diferente a los que han sido hechos y no pueden re-
cibir ni atribuirse legítimamente el título que pertenece al
Creador.

2. EXAMEN EN PROFUNDIDAD DEL TESTIMONIO DE LOS EVANGELISTAS SOBRE EL ÚNICO DIOS VERDADERO

Testimonio de Mateo

- 9.1. Por tanto ha sido manifestado ya claramente, y —
será manifestado con mayor evidencia todavía— que ni los
4 profetas, ni los apóstoles, ni Cristo el Señor, absolutamente
hablando han reconocido por Señor y Dios a nadie más
que a Aquél que es de modo exclusivo Dios y Señor; por-
que los profetas y los apóstoles han confesado al Padre y
8 al Hijo y no han llamado Dios y Señor a ningún otro; y
por otra parte el Señor mismo no ha hablado a sus discí-
pulos de otro Dios y Señor que no sea su Padre, que es el
único Dios y tiene dominio sobre todas las cosas. En con-
secuencia es preciso que nosotros, si somos sus discípu-
los, sigamos los testimonios que aquí se presentan de esta
12 manera. Porque el apóstol Mateo no conoce más que a un
solo y mismo Dios, que ha prometido a Abraham aumen-
tar su descendencia como las estrellas del cielo (a), y que,
por medio de su Hijo Cristo Jesús, nos ha llamado del culto

- de las piedras a su propio conocimiento, a fin de que aquél
16 que no era su pueblo viniera a ser su pueblo y aquella que
no era amada viniera a ser amada (b). Él refiere, en efec-
to, cómo Juan preparaba el camino de Cristo (c), y cómo,
a aquéllos que se gloriaban de su parentesco carnal y cuyo
espíritu estaba atormentado y lleno de toda clase de mal-
dad, les predicaba la penitencia que les apartaba de la
20 maldad, diciendo: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir
de la ira que os amenaza? Dad frutos dignos de peniten-
cia, y no os ilusionéis con decir en vuestro interior: «tene-
24 mos por padre a Abraham», porque os digo que Dios pue-
de, de estas piedras, sacar hijos de Abraham (d). Les pre-
dicaba, por tanto, la penitencia que les apartaba de su
maldad. Mas el Precursor de Cristo, no les anunciaba a otro
28 Dios distinto de aquél que había hecho la promesa a Abra-
ham. A este propósito Mateo, igual que Lucas, dice tam-
bién en otra parte: «Éste es aquél que el Señor ha anun-
ciado por boca del profeta: Voz del que grita en el desier-
32 to: Preparad el camino del Señor, haced rectos sus sende-
ros; todo barranco será rellenado y toda montaña y colina
rebajada; los caminos tortuosos se harán derechos y los
36 escabrosos llanos y toda carne verá la salvación de Dios»
(e). Por tanto un solo y mismo Dios es el Padre de nuestro
Señor, que prometió por medio de los profetas enviar al
Precursor, e hizo que su Salvación, esto es su Verbo, se
hiciera visible a toda carne, encarnándose (f), también Él,
40 a fin de que se manifestara en medio de ellos como su Rey.
Porque era conveniente que los que iban a sufrir el juicio
vieran a su juez y conocieran a Aquél por quien serían
juzgados, y era preciso también que los que iban a recibir
44 la gloria conocieran al que les iba a proporcionar ese don
de la gloria.

9.1. (b) Rom. 9,25; Os. 2,25 (LXX).

9.1. (c) Mat. 3,3.

9.1. (d) Mat. 3,7-9.

9.1. (e) Mat. 3,3; Luc. 3,4-6; Is. 40,3-5.

9.1. (f) Jn. 1,14.

- 9.2. Y otra vez, hablando del ángel, dice Mateo: El ángel del Señor apareció en sueños a José (a). ¿De qué Señor? Lo explica él mismo: Para que se cumpliera lo que
- 48 había dicho el Señor por medio del profeta: «De Egipto llamé a mi Hijo». He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros (b). De este Emmanuel procedente
- 52 de la Virgen dijo David: «No rechaces el rostro de tu ungido. Juró el Señor a David la verdad y no le rechazará. El fruto salido de tu seno lo colocaré en mi trono» (c). Y también: «En Judá es conocido Dios, y su lugar ha sido
- 56 establecido en la Paz y su morada en Sión» (d). Por tanto un solo y mismo Dios es el que ha sido predicado por los profetas y el que ha sido anunciado por el Evangelio, así como su Hijo, que es el «fruto del seno de David» —es decir, de la Virgen descendiente de David— y Emmanuel.
- 60 La estrella de este mismo Emmanuel había sido profetizada también por Balaam en estos términos: «Una estrella se destaca de Jacob y un jefe surgirá en Israel» (e). Ahora bien, según Mateo, los Magos cuando llegaron del Oriente dijeron: «Hemos visto su estrella en Oriente y
- 64 venimos a adorarlo» (f). Después, conducidos por la estrella a la casa de Jacob (g) hasta el Emmanuel, hicieron ver, por los presentes (h) que le ofrecieron, quién era el que era adorado: 1) la mirra significaba que era el que, por nuestra raza humana mortal moriría y sería enterrado;
- 68 2) el oro, que era el rey cuyo reino no tendría fin (i); 3) el incienso, en fin, que era el Dios que venía a hacerse conocer en Judea (j) y a manifestarse a los que no le buscaban (k).

9.2. (a) Mat. 2,13.

9.2. (b) Mat. 12,5; Os. 11,1;

Mat. 1,22-23; Is. 7,14.

9.2. (c) Ps. 131,10-11.

9.2. (d) Ps. 75,2-3.

9.2. (e) Núm. 24,17.

9.2. (f) Mat. 2,2.

9.2. (g) Luc. 1,33.

9.2. (h) Mat. 2,11.

9.2. (i) Luc. 1,33.

9.2. (j) Ps. 75,2.

9.2. (k) Is. 65,1; Rom. 10,20.

- 9.3. A propósito del bautismo del Señor dice también
- 72 Mateo: Los cielos se abrieron, y vio al Espíritu de Dios
descender en forma de paloma y caer sobre él. Y una voz
de los cielos decía: «Éste es mi Hijo amado, en el que me
complazco» (a). No fue entonces cuando Cristo descen-
dió a Jesús porque no se puede pretender que sea uno Cristo
76 y otro Jesús; sino que el Verbo de Dios, el Salvador de
todos y Señor del cielo y de la tierra —este Verbo que no
es otro que Jesús, tal como mostramos anteriormente— por
haber asumido una carne y haber sido ungido del Espíritu
80 por el Padre, llegó a ser Jesu-Cristo. Como dice Isaías: «Un
brote saldrá del tronco de Jesé, y un vástago surgirá de
sus raíces. Sobre Él reposará el Espíritu de Dios, Espíritu
de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y de fortale-
za., Espíritu de ciencia y de piedad y quedará colmado
84 del Espíritu del temor de Dios. No juzgará por las apa-
riencias, no fallará por lo que oigan sus oídos; juzgará con
justicia a los débiles, y condenará a los grandes de la tie-
rra» (b). También en otra ocasión Isaías, dando a entender
88 de antemano su unción y la razón de esa unción, dijo: «El
Espíritu de Dios está sobre mí: porque Él me ha ungido,
para llevar la buena nueva a los humildes; me ha enviado
para sanar a los corazones oprimidos, anunciar la libertad
a los cautivos y la visión a los ciegos; para proclamar un
año de gracia del Señor y un día de venganza para nuestro
92 Dios; y para consolar a todos los afligidos» (c). En efecto,
por una parte, en tanto que el Verbo de Dios era hombre
salido del tronco de Jesé e hijo de Abraham (d), el Espí-
ritu de Dios reposaba sobre Él y era ungido para llevar la
96 buena nueva a los humildes; y por otra, en tanto que era
Dios, no juzgaba por las apariencias, ni condenaba por lo
que oían sus oídos. «Y no necesitaba información de na-
die, porque sabía Él lo que hay dentro del hombre» (e).

9.3. (a) Mat. 3,16-17.

9.3. (b) Is. 11,1-4.

9.3. (c) Is. 61,1-2.

9.3. (d) Mat. 1,1.

9.3. (e) Jn. 2,25.